

## FIDELIDAD CRISTIANA E IDENTIDAD NACIONAL

POR

JOSÉ ORLANDIS

Catedrático de Historia del Derecho.

Director del Instituto de Historia de la Iglesia, de la Universidad de Navarra

### Polonia y España.

Me parece que una atenta lectura del *corpus* de los discursos pronunciados por el Papa Juan Pablo II, con ocasión de su viaje a Polonia en junio de 1979, puede todavía ser tarea sumamente provechosa para todo español responsable, que sienta las lógicas inquietudes que suscita el momento presente de la vida nacional.

Hay una razón que explica el particular interés que las palabras y la doctrina del Pontífice sobre Polonia encierran —a mi juicio— para el lector español: las analogías profundas que han existido a lo largo de los tiempos, y que sin duda persisten aún hoy, entre el pueblo polaco y el español. Situados en las dos «marcas» extremas de Europa y geográficamente lejanos el uno del otro, su destino estuvo marcado durante muchos siglos por una misión histórica semejante: la de ser antemural y frontera de la Cristiandad. Ahora, pese a las diferencias existentes entre los sistemas sociales de los dos países y a las transformaciones que han experimentado sus condiciones de vida, la catolicidad aparece todavía a los ojos del europeo medio como un característico denominador común de esos pueblos. La «católica Polonia» y la «católica España», como la «católica Irlanda», constituyen aún una imagen muy difundida, difícil de deshacer o desmentir. Y la verdad es que, a fin de cuentas, quizá no le falta razón a la opinión vulgar: que el legado espiritual de muchos siglos no puede dilapidarlo una sola generación, por grande que sea, en un determinado momento, el afán iconoclasta o la mala memoria de muchos.

## El destino cristiano del hombre.

Como era de esperar en el Papa de la «Redemptor hominis», el hombre y su destino constituyen siempre la razón principal de su magisterio y de su afán. El hombre, aquí en la tierra, es una realidad grande y fundamental. Pero esa realidad, tan sólo en Cristo e iluminada por Cristo puede captarse en su auténtica dimensión: «no se puede comprender al hombre hasta el fondo sin Cristo —dijo el Papa a poco de llegar a Polonia—. O más bien, el hombre no es capaz de comprenderse hasta el fondo sin Cristo. No puede entender quién es, ni cuál es su verdadera dignidad, ni cuál es su vocación, ni su destino final».

Sin Cristo el hombre es incapaz de comprenderse; más incapaz sería todavía sin El de redimirse. «La historia de cada hombre se desarrolla en Jesucristo: en El se hace historia de la salvación». El Papa denunciaba, en consecuencia, las tentativas de forjar un proyecto de vida terreno, secularizado, y de imponerlo, coactivamente incluso, como fundamento de un orden político. «No se puede excluir a Cristo de la historia del hombre en ninguna parte del globo y en ninguna longitud y latitud geográfica». Esta exclusión de Cristo, vigente hoy en tantos lugares del mundo, es un atentado contra la humanidad: «excluir a Cristo de la historia del hombre es un acto contra el hombre».

Pero la historia es algo más que el compendio de una larga serie de solitarias peripecias personales. El hombre, cada hombre, nace y vive en sociedad y se inserta por razón de su origen en varias comunidades humanas, dos de las cuales tienen importancia primordial: la familia y la nación. Resulta de extraordinario interés el pensamiento de Juan Pablo II, acerca del papel que juega la nación en la historia personal del hombre, incluso en el plano espiritual. «No se puede comprender al hombre —proclamaba en la plaza de la Victoria de Varsovia— fuera de esta comunidad que es la nación. Es natural que no sea ésta la única comunidad; pero es una comunidad especial, quizá la más íntimamente ligada a la familia, la más importante para la historia espiritual del hombre».

## El pueblo y la nación.

Si la nación significa tanto para sus hijos, la historia nacional será, por encima de todo, la historia de esos hijos. «La historia de la nación es, sobre todo, historia de los hombres»; es el caso de Polonia que el Papa contemplaba, será —son sus palabras— «la historia de los hombres que pasan o han pasado por esta tierra». Por su naturaleza de «historia de hombres», esa historia común no puede llevar un signo diverso de aquel que emane de las personas que han compuesto la nación a través de los siglos y que la componen hoy. Sin Cristo —veíamos antes— no es posible comprender al hombre y, en concreto al hombre polaco. «Sin El —es la conclusión del Papa— no resulta posible entender la historia de Polonia».

La palabra de Juan Pablo II en su patria de origen estuvo impregnada de un fino sentido histórico. Y es que el presente de un pueblo sólo puede entenderse y valorarse adecuadamente en unión con su pasado; es decir, enriquecido por el patrimonio común que se ha constituido de generación en generación. El Papa hizo constante referencia al «milenio» de la historia de Polonia, los diez siglos en que sus hijos han constituido un pueblo y una nación. Esos mil años de historia nacional son también mil años de Bautismo, de fidelidad cristiana, hasta el punto de que la fe católica ha llegado a ser un elemento sustancial de la personalidad del pueblo polaco y de su existencia como nación. El Papa evocaba el destino histórico de Polonia con palabras tomadas de Piotr Skarga: «Está vieja encima ha crecido así y no la ha abatido ningún viento porque su raíz es Cristo». «Es imposible —concluye Juan Pablo II— entender sin Cristo a esta nación, con un pasado tan espléndido y al mismo tiempo tan terriblemente difícil».

¡El difícil pasado de Polonia! No es posible, quizá, hallar otra nación con más dramática historia. Basta recordar las obras de Sienkiewicz consagradas a sus heroicas gestas, que leyeron muchos jóvenes españoles. Tártaros y rusos, suecos y prusianos se abatiéron una y otra vez sobre la anchurosa llanura polaca. Los «repartos de Polonia», con un último intento hace ahora cuarenta años, cons-

tituyen un página clásica de la historia europea. Es un prodigio —casi un milagro— que el pueblo polaco no se desintegrara, sino que conservase siempre su conciencia nacional. Juan Pablo II atribuye este hecho a dos razones principales: la pervivencia de una cultura palaca y el papel jugado por la Iglesia Católica en la vida de la nación.

### La cultura polaca.

Sobre la función de la cultura habló el Papa en Gniezno a una multitud de jóvenes, en la tarde del Domingo de Pentecostés. «La cultura —les decía— es sobre todo un bien común de la nación. La cultura polaca es un bien sobre el que se apoya la vida espiritual de los polacos». Y les recordaba luego el papel que había jugado esa cultura en tiempos de crisis y oscuridad: «sabemos que la nación polaca ha pasado la dura prueba de la pérdida de la independencia durante más de cien años. Y en medio de esa prueba, ha permanecido siempre ella misma. Ha permanecido espiritualmente independiente, porque ha tenido su propia cultura». La cultura ha sido, para Polonia, un escudo protector de su propia identidad.

Pero, «la cultura polaca, desde sus orígenes, lleva signos cristianos bien claros». Juan Pablo II resaltaba ese carácter cristiano y recogía el testimonio insigne de A. Mickiewicz, según el cual «la civilización verdaderamente digna del hombre debe ser cristiana». Una tal cultura es un tesoro del pueblo y constituye un magisterio permanente para las nuevas generaciones. «En las obras de la cultura polaca —afirmaba el Pontífice— se refleja el alma de la nación. En ellas vive su historia, que es una escuela continua de sólido y leal patriotismo. Y por esto, esa cultura sabe proponer exigencias y sostener ideales, sin los cuales es difícil para el hombre creer en la propia dignidad y educarse a sí mismo». La cultura nacional representa tanto para la vida espiritual del pueblo, que una de las misiones del propio Episcopado habrá de ser, asumir su custodia. «El Episcopado polaco —declaró el Papa a los obispos reunidos en conferencia—, fijando la mirada en el gran protagonista de la his-

toria de la patria —alude aquí al mártir san Estanislao—, no solo puede sino que incluso está obligado a sentirse guardián de esa cultura. Debe añadir a su misión y ministerio actual una solicitud particular por el patrimonio cultural polaco que, como bien sabemos, está impregnado en gran medida de la luz del Cristianismo».

### La Iglesia y la Nación.

Estas palabras de Juan Pablo II podrían sorprender si se hubieran pronunciado en otro contexto. En Polonia no, porque responden a las tradiciones genuinas y a la presente realidad de su pueblo. La Iglesia enraizó profundamente en su historia y tuvo una intervención decisiva en el mantenimiento de su personalidad nacional. La Iglesia Católica fue el aglutinante de la nación, durante los largos períodos de eclipse del Estado. «La historia de la nación —declaraba el Papa a los obispos— ha quedado enraizada de modo providencial en la estructura de la Iglesia en Polonia... Cuando han faltado las estructuras nacionales y estatales, la sociedad, en gran mayoría católica, ha encontrado su apoyo en la estructura jerárquica de la Iglesia; y esto le ha ayudado a superar los tiempos de la división del país y de la ocupación, le ha ayudado a mantener, e incluso a profundizar, la conciencia de la propia identidad».

La Polonia católica no es uno de esos tópicos, vacíos de contenido, que siguen corriendo de boca en boca. Allí, el Cristianismo fue siempre —y sigue siendo hoy— el fundamento más profundo de la nacionalidad. Polonia ha sido Polonia, ha constituido un pueblo y una nación a través del mil años de historia atormentada, gracias, sobre todo a su fidelidad al Evangelio y a la Iglesia Católica. No es, pues, extraño que Juan Pablo II exhortase ardientemente a sus antiguos compatriotas a promover esos valores cristianos, que son también la mejor defensa de su personalidad nacional: «La participación del pueblo polaco en la herencia espiritual de la Iglesia, que brota de su unidad universal, ha llegado a ser —dijo el Papa— elemento de unión y de seguridad de la identidad y unidad de la nación, en los períodos particularmente difíciles». Una Polonia no

cristiana sería incomprensible, perdería su identidad nacional. «No es posible entender sin Cristo la historia de la nación polaca —advertía el Pontífice al pueblo de Varsovia—. Si rehusamos esta clave para la comprensión de nuestra nación, nos exponemos a un equívoco sustancial: no nos comprenderemos entonces a nosotros mismos».

La fidelidad a Cristo, guardada durante mil años por todo el pueblo, ha sido la clave de la historia de Polonia. Gracias a ella, los polacos han sido siempre un pueblo y Polonia una nación. La defensa de esa fidelidad cristiana fue —como ha podido verse— un gran tema de fondo de las alocuciones de Juan Pablo II. Esa insistencia tomó acentos de súplica el día de su partida, al dirigirse a la inmensa muchedumbre que llenaba la pradera de Cracovia: «antes de marchar de aquí —pedía el Papa— os ruego que aceptéis una vez más todo el patrimonio espiritual cuyo nombre es Polonia... Os ruego: que no perdáis jamás la confianza, que no os dejéis abatir, que no os desaniméis; que cortéis por vuestra cuenta las raíces de nuestros orígenes...». La fidelidad a esos orígenes, al patrimonio cristiano recibido del pasado, es la más segura prenda de que, en los siglos venideros, Polonia seguirá siendo Polonia y el pueblo polaco conservará su integridad nacional.

### La realidad religiosa española.

La católica Polonia, la católica España...; es posible que algún lector sienta extrañeza al ver emparejados otra vez los nombres de las dos naciones. El propio lenguaje de Juan Pablo II resonaría aquí como algo insólito, sorprendente. Por eso mismo, las palabras del Papa tienen que incitar a la reflexión y a una nueva toma de conciencia, de cara a las perspectivas del futuro espiritual de nuestro pueblo.

En España, como es bien sabido, la Iglesia se halla hoy separada del Estado, un Estado que ya no es confesionalmente católico. Estos cambios, que suponen la ruptura de una tradición multisecular, se han realizado con tanta «facilidad», que algún observador podrá sentir la duda de si ha pesado más en ellos la frivolidad o la deci-

sión bien meditada. Pero se trata, en fin de cuentas, de cuestiones de importancia sólo relativa, cuya dimensión ha venido a ser hoy, sobre todo, de carácter formal. También en Polonia rige la separación entre el Estado y la Iglesia, y ese Estado, lejos de ser cristiano, se inspira en una ideología impregnada de ateísmo marxista. Y sin embargo, el pueblo polaco es católico, en su mayoría, y el Cristianismo constituye, ahora como ayer, el alma de la personalidad nacional.

No cortar las raíces de nuestros orígenes cristianos, conservar el patrimonio espiritual de la nación. Hemos de confesar que no estamos acostumbrados a oír estas recomendaciones de Juan Pablo II a sus connacionales. La fidelidad a los orígenes suena aquí a anacronismo; y en cuanto a la defensa de nuestro patrimonio espiritual, eso recordará a muchos aquello de España, reserva espiritual del mundo, lugar común predilecto para la sátira de humoristas. Entre nosotros, más que la salvaguardia de ese patrimonio y de la fe popular, parece haber preocupado la subsistencia de manifestaciones sociales y públicas de religiosidad, por lo que pudieran encerrar de residuo «triumfalista». Pero hay todavía un fenómeno sobre el que quisiera llamar la atención, por considerarlo especialmente significativo: la invención de un pretendido pluralismo religioso español.

Un pluralismo religioso, que borrase la incómoda imagen tradicional de la «católica España», ha podido parecer a ciertos hombres públicos la condición indispensable para la anhelada «homologación» con los demás países y sociedades del «mundo libre». Pero en el afán de inventar ese pluralismo, puede también haber pesado considerablemente esta otra razón: hay gentes para las cuales lo que realmente tiene importancia no es tanto la religión como la libertad religiosa; y esta libertad pediría, a su juicio, como causa y justificación de su existencia, una realidad social religiosamente pluralista. Una expresión plástica de ese pluralismo cara a la galería sería, por ejemplo, la asistencia a la sesión inaugural de las Cortes, desde la misma tribuna y en un aparente pie de igualdad, del Presidente de la Conferencia Episcopal española y los representantes de otras diversas confesiones religiosas. Esa es imagen que pretende darse de la nueva España pluralista, que ha sucedido a la vieja España católica.

Un malentendido peligroso encerraría el designio de presentar la libertad religiosa como la consecuencia del pluralismo espiritual de la sociedad. El legítimo fundamento de la libertad religiosa no es ese, sino la dignidad de la persona humana y la libertad del acto de fe. Pero, además, a nada conduce tergiversar las cosas, tratando de desfigurar nuestro pasado e incluso nuestro presente. Históricamente, España y su pueblo han sido católicos. En el momento actual, el ciudadano medio español —con muy contadas y restables excepciones— o es católico o, religiosamente, no es nada. Lo mismo cabe decir de la sociedad española, que podrá ser católica o indiferente y secularizada, pero nunca pluralista, como lo es en cambio la holandesa o la americana. Esta es la pura verdad y cualquier otra presentación pecaría de artificiosa, por no ajustarse a la realidad.

### Una crisis de identidad.

«Es imposible entender sin Cristo a esta nación», oíamos decir a Juan Pablo II en Polonia. La fidelidad cristiana fue siempre para aquel pueblo razón radical de su propia identidad. Parece como si hubiera pueblos, naciones —Polonia, Irlanda, España— en que la historia hubiese marcado el sello de la Catolicidad, hasta tal punto que al perder ese signo hiciera crisis su misma identidad colectiva. Quizá sea ésta —una aguda crisis de identidad— la profunda dolencia de la España actual. Una nación católica que rompá sus tradiciones cristianas y renuncie a su mejor patrimonio espiritual, puede dejar de reconocerse a sí misma y hasta de comprender su propia razón de ser.

¡La católica España! ¿Se la podrá todavía llamar así en un mañana próximo? Quizá ya no; pero en tal caso España habría perdido probablemente su identidad. Sería mejor entonces —como ya ha empezado a hacerse— hablar de «el país» —una aséptica expresión geográfica— o de «el Estado», como si fuera éste el aparato ortopédico que se hubiera superpuesto o lo auténtico y genuino, la variopinta multiplicidad de taifas y cantones. Para no llegar hasta ahí, el ejemplo de Polonia puede también servir. El Papa, en sus discursos

se refirió constantemente al milenio, a ese milenio transcurrido desde la conversión del pueblo, cuya conmemoración, promovida con entusiasmo por la Iglesia, tanto contribuyó a renovar la personalidad cristiana de la nación. Tal vez no sea ocioso recordar que dentro de esta década, en 1989, se cumplirá también el catorce centenario —¡mil cuatrocientos años!— de la unidad nacional y espiritual de España, nacida en el III Concilio de Toledo. ¿Sabremos hacer de ese aniversario algo más que una celebración folklórica o erudita? ¿Sabremos hacer de él un acontecimiento vivo, que pueda también contribuir a la resurrección de la conciencia católica del pueblo español? La esperada visita a España de Juan Pablo II habría de constituir la mejor preparación del próximo centenario